

¿Viva el capitalismo ?

Jacques Gouverneur

Traducción de un artículo publicado en « *La gazette du SPED* », n° 15, febrero de 2000.
(SPED : département des sciences de la population et du développement,
Université Catholique de Louvain, B-1348 Louvain-la-Neuve)

Es bien conocido que la *ganancia* desempeña un papel esencial en el sistema capitalista : se la puede considerar como el *objetivo* mismo que persiguen las empresas y los grupos ; se la debe considerar, por lo menos, como la *condición necesaria* de su supervivencia y crecimiento. Esta exigencia de ganancia trae consigo otra : para mantenerse y desarrollarse, cada empresa tiene que ser *competitiva* frente a sus competidores nacionales y extranjeros.

Esta exigencia simultánea de ganancia y competitividad empuja espontáneamente las empresas en dos direcciones : por una parte, buscan disminuir los costos de producción, introduciendo progresos tecnológicos y limitando los salarios ; por otra parte, presionan al Estado para que éste actúe en el sentido esperado, es decir la reducción de los costos salariales y el aumento de las ganancias (a través de normas de moderación salarial, disminución de las contribuciones patronales a la seguridad social, reducción de los impuestos sobre sociedades, etc.).

El sistema capitalista, basado en la búsqueda de la ganancia y la competencia, presenta pues dos tendencias espontáneas : por una parte, la introducción de adelantos tecnológicos, con los aumentos de productividad que resultan de éstos ; por otra parte, la adopción de prácticas y políticas neo-liberales, que buscan disminuir los salarios, los gastos de seguridad social, los impuestos y el gasto público.

Para contrarrestar esta segunda tendencia espontánea de la economía capitalista, es necesario que exista una relación de fuerzas relativamente favorable a los trabajadores. Tal fue el caso – por lo menos en los países del « centro » – durante el periodo 1945-1970 : un periodo caracterizado por un aumento de los salarios, el desarrollo de la seguridad social, el crecimiento del gasto público. En un contexto de creciente productividad, las empresas sacaban provecho, a la vez, de mayores *ganancias* y de *mercados* más amplios, lo que estimulaba la reinversión de las ganancias, el crecimiento de la producción, el aumento del empleo.

A partir de los años 1980, en todos los países, la relación de fuerzas se ha revertido en detrimento de los trabajadores, y la tendencia espontánea del capitalismo ha vuelto a manifestarse plenamente : rigiéndose por las exigencias de competitividad y rentabilidad, las empresas y los gobiernos de los distintos países ejercen presión sobre los salarios y el empleo, sobre los gastos de seguridad social, sobre el gasto público. Sin embargo, se inicia entonces un círculo vicioso general : las políticas restrictivas adoptadas en un país requieren políticas análogas – incluso más rigurosas – en otros países. *Si bien las políticas neo-liberales son racionales a nivel microeconómico* (cada país quiere mejorar la competitividad de « sus » empresas para que éstas puedan sobrevivir y crecer), *éstas tienen un efecto macroeconómico completamente inverso* : la reducción generalizada de los salarios y el empleo acarrea una disminución de la demanda global, y por tanto un freno a la producción global, el empleo y el consumo, en la totalidad de países.

Al no disponer de mercados suficientes, las empresas no reinvierten sino una parte reducida de sus ganancias en aumentos de la producción. Las ganancias se invierten sobre todo en operaciones de *transferencia de propiedad*, que han tomado una importancia creciente desde los años 1980 : *fusión o absorción* de empresas privadas ; adquisiciones de empresas públicas (el fenómeno bien conocido de las *privatizaciones*) ; especulación en divisas y títulos financieros (el fenómeno de la « *burbuja especulativa* »)(1). Estas operaciones refuerzan la concentración del capital y la del poder de decisión económico, agravando así el carácter antidemocrático de la economía capitalista.

En el plano estrictamente económico – haciendo caso omiso del citado creciente déficit democrático, prescindiendo también de todos los dramas sociales – , la perpetuación de las políticas neo-liberales aparece como algo absurdo a nivel del sistema en su conjunto : estas políticas permiten el aumento de la ganancia (y, por tanto, del potencial de inversión) en detrimento de los mercados (y, por ende, de las oportunidades de inversión rentable). Sin embargo, *lo que es un absurdo para el sistema en su conjunto, es perfectamente racional para los grupos y empresas dominantes* : éstos amplían su participación en los mercados, en detrimento de rivales peor posicionados. De ahí la presión ejercida por estos grupos dominantes para que las autoridades políticas (nacionales e internacionales) sigan imponiendo políticas neo-liberales.

Tales son las consecuencias económicas y sociales que acarrea la lógica del sistema capitalista, basado en la búsqueda de ganancias y la competencia. De ahí el cuestionamiento, cada vez más frecuente y pertinente : ¿ viva el capitalismo ?

(1) El desarrollo de la « burbuja especulativa » se considera generalmente como una *causa* del débil crecimiento de la economía : atraídos por las perspectivas de ganancias especulativas, los inversionistas evitarían deliberadamente la esfera de la producción, menos rentable. A nuestro juicio, el desarrollo de la « burbuja especulativa » es, más bien, una *consecuencia* del débil crecimiento de la economía provocado por las políticas neo-liberales : limitados por la estrechez de los mercados (debido a la presión sobre los salarios y el gasto público), los inversionistas buscan valorizar su capital dinerario de otras formas, esto es, por medio de diversas operaciones de transferencia jurídica.